

Alocución del Dr. Rafael Carral y de Teresa, Presidente de la Academia Nacional de Medicina, en la ceremonia de recepción del Dr. Ignacio Chávez como Miembro Honorario de la corporación, el día 12 de abril de 1967

Sr. Dr. Ignacio Chávez,
Sres. Académicos,
Señoras y señores:

HAN sido las felices circunstancias de la vida las que me han brindado la fortuna de ser yo quien tenga el honor de ofrecer al maestro Chávez un sitio de honor en esta ilustre Academia.

¡Qué tarea más placentera, sencilla y a la vez difícil! placentera, por la admiración y el afecto profundos que le profeso; sencilla, porque nada resulta más fácil que hacer el elogio de un hombre de tan alta calidad; difícil, porque es tanta la magnitud de su obra que apenas me será posible esbozarla en las cuantas pinceladas de una breve alocución de bienvenida.

Tal vez la faceta más llamativa de sus realizaciones sea la que atañe a su actividad en el campo de la Cardiología. Fundó el primer Servicio de esta especialidad en México, que fue la semilla fecunda de lo que hoy es el Instituto Nacional de Cardiología, fruto gigantesco, producto de su espíritu visionario, de su energía vigorosa y de su firme voluntad. En esta obra integral puso lo mejor de su talento y de su pasión en aras del progreso de la medicina mexicana y digo de la medicina, porque entonces el Instituto fijó

normas que fueron adoptadas, en la medida de lo utilizable, en numerosos hospitales y, particularmente, porque se creó una mística derivada de la fe en el trabajo, del culto a la amistad fraterna y a la verdad científica, de una técnica depurada y de un humanismo generoso; de ahí que su concepción se impusiera aun frente a los más exigentes, dentro y fuera del país y fuera modelo para otros institutos similares fundados después, en Europa y en América.

Desde su nacimiento, el Instituto adquirió tanto prestigio que, a poco de haber abierto sus puertas, fue sede de una reunión internacional, convocada por su fundador, donde él mismo gestó e inició la organización de la Sociedad Internacional de Cardiología, que más tarde presidió y de la cual es Presidente Honorario, al igual que de la Sociedad Interamericana de Cardiología.

Ganó para México y presidió el IV Congreso Mundial de Cardiología, seguramente el de mayor resonancia internacional hasta la fecha.

Todas las sociedades de la especialidad de prestigio en el mundo lo han designado miembro honorario y numerosas Universidades extranjeras en todos los continentes le han conferido el título de Doctor Honoris Causa.

No creo que exista otro cardiólogo

que haya reunido en su persona tantas distinciones; fue por ello que en 1959, cuando me tocó presidir la Sociedad Mexicana, dije en uno de tantos homenajes de que ha sido objeto: "Quien vea los notables murales de Diego Rivera referentes a la evolución de la Cardiología y en los que aparecen las figuras principales de la Cardiología universal, creerá haber visto, aunque no esté dibujada, la imagen amable de este hombre extraordinario que, para gloria de los mexicanos nació en México, en un alarde generoso de la tierra michoacana".

Su actuación como profesor es conocida de casi todos los académicos. Es un profesor nato, por ser un clínico admirable y exigente, con el dominio de las técnicas más avanzadas, con una lógica impecable en sus razonamientos y poseedor de una inteligencia excepcionalmente cultivada.

Su trayectoria en el magisterio lo lleva a escalar los lugares más elevados en la docencia, a todos los niveles de la enseñanza médica y de la cultura superior. Promueve la educación para graduados, cuando en nuestro país todavía no era una práctica sistematizada y llega a la Dirección de la Facultad de Medicina animado del mismo espíritu renovador que siempre lo ha caracterizado, abriendo cauces a una nueva forma de Medicina, en lucha constante y denodada para hacer triunfar sus ideas. Alcanza después la Rectoría de la Universidad Nacional Autónoma de México, desde donde continuó trabajando y combatiendo y, como siempre, imponiendo la disciplina necesaria

y elevando el nivel académico en nuestra Casa de Estudios, hasta que se vio obligado a renunciar. Trayectoria limpia y tersa, de la que no muchos pueden ufanarse; marcha recta, sin claudicaciones, con un gran respeto de sí mismo, lo que le ha dado a su vez el respeto de los demás.

Como académico, su brillante recorrido también ha correspondido a sus excelencias. Ha contribuido y lo sigue haciendo, a mantener la marcha ascendente de nuestra Academia; la presidió en 1933 y él fue quien concibió y realizó la sede que ahora ocupamos.

La superioridad de su espíritu, el desinterés de su pensamiento entusiasta, la extensión de su cultura y el calor encendido de su corazón hacia nuestro cuerpo colegiado lo hicieron un académico excepcionalmente respetado y admirado.

No quiero dejar de hacer resaltar otra de las sobresalientes cualidades del maestro, la de ser dueño de una expresión fácil y elegante, de un estilo exacto y preciso, diría yo esencial. En efecto, Chávez habla y escribe con la misma facilidad con que respira; de ahí que cuando él se expresa, parezca fluir un como soplo armonioso y acompañado con su pensamiento refinado, al cual reviste de un ropaje rico y distinguido confeccionado a la medida y a la altura de sus ideas. Por ello es que en ocasiones es poético, en otras esquemático, amigo de las definiciones concisas, de los aforismos trascendentes, a las veces incisivos.

Este dominio de la palabra, "honor de los hombres", es antes que nada el

resultado de sus grandes recursos intelectuales, ya que la frase, por bien hecha que esté, es siempre el filtro del pensamiento.

En todos los discursos del maestro Chávez, en todos sus escritos, impera siempre una erudición sin lagunas, una memoria sin retraso y un gran respeto por la verdad científica, por la cultura superior y por las ideas generales.

Sr. Dr. Ignacio Chávez:

La Academia Nacional de Medicina

se alegra al distinguir la alta calidad de uno de sus hombres más valiosos y por ello le ofrece a usted uno de sus sitios de honor. En mi calidad de Presidente actual de esta prestigiada Corporación, de abolengo más que centenario, me honro en entregarle el pergamino con el cual sus compañeros académicos quisieron exaltar su obra en beneficio de la Medicina Mexicana y su fervorosa devoción hacia la Academia.

DR. RAFAEL CARRAL Y DE TERESA

Palabras de agradecimiento del Dr. Ignacio Chávez con motivo de su recepción como Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina, pronunciadas en la sesión del día 12 de abril de 1967

Señor Presidente,
Compañeros Académicos:

ESTA DESIGNACIÓN de miembro honorario que me confiere la Academia Nacional de Medicina es una distinción tan alta que me enorgullece, a la vez que las palabras de su ilustre Presidente, el Dr. Carral, por generosas, me abruma. En ellas se confunden su nobleza y su estimación, una estimación tan alta que me obliga, en acto de sinceridad, no de modestia, a declarar en alta voz que va más allá de mis merecimientos. A la vez que me obliga, en la medida de lo humano, al esfuerzo de merecerla. De otro modo tendría la sensación de cometer un fraude a la nobleza de quien nos honra con ella.

Por eso comienzo por preguntarme si la designación honorífica se debe a mis cuarenta años de académico. No, seguramente. Mi contribución a esta casa ha sido bien modesta si se la compara a la de otros de sus miembros que se han consagrado a ella apasionadamente. Yo hubiera querido también hacerlo; pero la vida me señaló otros surcos donde sembrar mi esfuerzo. ¿Se debe, acaso, a lo que yo haya realizado a lo largo de mi vida médica? ¡Qué inmensa es la distancia entre lo que hicimos y lo que pudimos haber hecho! ¡Cómo puede nadie sentirse satisfecho solo de nosotros, estoy seguro, que al

término de su carrera no esconda un poco del drama de Peer Gynt y que no añore haber malgastado mucho de su vida, cambiando en sueños vanos lo que creía propósitos.

Quiero pensar, entonces, que lo que en mí se premia es algo que, en mayor o menor grado, todos los miembros de esta corporación podemos ostentar como un mérito. Algo que no es privativo mío, sino rasgo común, virtud colectiva. Es el esfuerzo que nos templó el espíritu, que nos galvanizó la voluntad, para arrancarle a la vida lo que buenamente pudimos lograr; el esfuerzo sostenido y ambicioso para superarnos día tras día, año tras año. Y luego, el afán de ofrecer a los demás el fruto de ese esfuerzo.

Reconozco que eso sí puede apuntarse en el haber de una vida, no por lo que tenga de éxito sino de aportación. Porque la medida del hombre no la da el triunfo sino la entrega cabal a una obra levantada. Hasta ahí llega la exigencia de nuestro imperativo ético. Allí se detiene. Lo demás, triunfo o derrota, éxito o fracaso, en el mundo de la conciencia todo tiene el mismo valor y lo único que queda en nuestra cuenta es lo que pusimos de nuestra parte, lo que ofrecimos desinteresadamente, no lo que la vida nos devolvió en cambio.

Si es así como el hombre valora su existencia, sobre todo el médico que

ha escalado las alturas de esta Academia, me explico que se haya buscado para enaltecerlos a algunos hombres que reflejen el mérito de todos. Esto no mengua en nada la generosidad del acto, sólo alarga su alcance. Siendo galardón para el que lo recibe, se vuelve estímulo poderoso para quienes lo otorgan. Estímulo para seguir en la lucha, que es el más imperativo, el más implacable de los mandatos de la vida. Oigo a Billy cuando nos recuerda: "hay que luchar para saber, luchar para querer, luchar para poder". Dura verdad, más exigente aún para los que nos afanamos en estos campos de la medicina.

Yo sé algo de eso, porque soy de una generación afortunada que más, quizá, que ninguna otra, se forjó duramente en la lucha diaria. Tuvimos los de mi tiempo el privilegio de empezar muy pronto, de asumir muy jóvenes las res-

pensabilidades del mando, y de tener con ellas las oportunidades de planear, de reformar, de crear. Por cerca de cincuenta años pudimos dar nuestra contribución a fondo, hasta el límite de la humana capacidad. Esto explica, después de una carrera tan larga, que la edad del retiro no signifique, cuando menos para mí, doblar el Cabo de las Tormentas, sino entrar al Mar de las Serenidades.

Recibir en esta hora de la vida un honor como el que me disciernen mis compañeros de Academia, por iniciativa generosa de su anterior Presidente, el Dr. Castelazo Ayala, y recibirlo de manos de usted, señor Presidente, con quien me ligan vínculos tan estrechos, tan cordiales, constituye una doble recompensa. Guardaré por ello un hondo reconocimiento.

DR. IGNACIO CHÁVEZ